



#### EL CULTO A LOS ANTEPASADOS.

La génesis del principio que nos mueve, por manera invencible, á concatenar un hecho á otro actual, anterior ó subsecuente, es tan remota como la de la asociación de las ideas, cifra y resumen de toda la psicología, así como aquella asociación de los sucesos, resumen y cifra es de toda la Historia. No hay hechos aislados; no hay hechos infecundos; todos reconocen progenie y llevan germen; todos se eslabonan en el conjunto de la humana evolución; todos persisten ó perduran transformándose en continuas, inacabables metamorfosis. Percibe el hombre la sensación actual, y á la vez guarda, acopia y almacena las sensaciones recibidas, y unas y otras circulan por el cerebro, tumultuando á las veces, por sus intrínsecos antagonismos, enredándose en curvas serpentinadas, perdiendo, por el constante roce, algo primero y luego mucho de sí propias, hasta que al fin se agrupan y hacen vida común, quieta y prolífica. Surgen rebeldes los sucesos en la Historia, al parecer sin disciplina, fulminantes é imprevistos; pero corren los siglos, semejanzas y parentescos se acentúan, recónditas afinidades se revelan, y el hecho que pareciera insólito resulta eslabón fatal y necesario de la cadena cuyas dos extremidades siempre serán desconocidas para el hombre; y entonces el historiador que generaliza y filosofa, no el analista que enumera y narra, junta el hecho al hecho, los asocia, escruta el común origen y la ley de varios grupos, establece la filiación de éstos y aquéllos, compara las trayectorias de unos y



otros, y lo que fué para contemporáneos del fenómeno, parecido á masa errática de súbita y deslumbrante ó pavorosa aparición, queda englobado en las supremas síntesis, como parte integrante, irremplazable, de la totalidad que casi forma un cuerpo orgánico. Se reducen entonces aun los antagonismos que más irreducibles parecieran, y se descubren los antes invisibles vínculos que ligan un suceso á otro suceso. El lino se abarata y el papel substituye al pergamino, demasiado costoso para vulgarizar las obras de la imprenta; crecida ésta y robusta, va esparciendo las grandes bellezas de la antigüedad, las sabias enseñanzas del renacimiento. ¡Y tras la baratura del lino, cuántos hechos indispensables para determinarla y producirla! ¡Y delante del prodigioso hallazgo de la imprenta, qué regueros de soles y de mundos! Nada se pierde en el espacio, ni en el tiempo. Todo se modifica, se condiciona y se transforma en la materia y el espíritu!

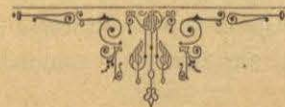
De aquí el fundamento racional del culto á los antepasados, culto santo cuando convive con el anhelo perenne de perfeccionamiento, cuando no se resuelve en la yerta pasividad de una raza abajada, ni es el incienso, el humo de la voluntad ya casi extinta, en los éxtasis de la vida contemplativa! El culto á los ancianos que nos precedieron noblemente; el culto á los augustos, á los inmortales, no sólo es don de gratitud y amor, sino estímulo y fuerza. No venimos á ser lo que ellos fueron, pero debemos ser como ellos eran! No se detiene la corriente del progreso, y por lo mismo, no se troncha ni se corta. Halla una roca, y por encima de ella salta. Encuentra una montaña, y la taladra. Y sigue, acrece su caudal, y siempre es una.

Calumnian á la juventud los que la creen detestadora de sus grandes progenitores. Pero no son ellos los que la condenan por insumisa y por irrespetuosa, no; son los que nada han hecho y bien hallados con la inercia llaman culto á la postración de la energía, á la somnolencia del espíritu, á la pasividad del fakir, absorto en la contemplación del propio ser; son los que niegan el progreso, renunciando al movimiento; son los que sin bríos ni fuerzas para caminar, se tienden á la vera del camino. Precisamente, lo que caracterizó á aquellos hombres del pasado fué la acción; acción sin tregua, acción sin miedos, acción eternamente procreadora. ¡Qué montañas removieron! ¡A cuán audaces y temerosas aventuras se lanzaron! Jamás podríamos compararnos á ellos, porque nada igual,

ni por lo temerario ni por lo fecundo, hemos siquiera acometido. Esos antepasados inmortales vieron surgir del piélago desconocido las constelaciones nuevas, como obedientes á conjuro de ellos; esos antepasados inmortales arrancaron un nuevo mundo al mar ignoto. ¿Y cómo los héroes de la voluntad habrían de querer en sus hijos y continuadores la renuncia al trabajo, la quietud monástica, la estéril veneración, la anquilosis del ser? La función ingente y gloriosa de esos hombres llena un período histórico, pero no toda la historia. No fueron ricos para hacer hijos holgazanes. No se propusieron formar castas de vestales, sino generaciones de animosos luchadores. El dios es sagrado; pero el sacerdote que vive del culto al dios, el que engaña á sabiendas y funge de oráculo ante el pueblo, es despreciable. Otras fuerzas, vinculadas á fuerzas anteriores, vienen á operar en campos nuevos: he aquí todo.

No: una juventud educada por métodos científicos no puede considerarse desprendida de la vida atávica; no puede tenerse por fenómeno milagroso de generación espontánea; es un resultado y no un principio, es una continuación y no un comienzo. Pide ejemplo, estímulo, energía, á la voluntad inquebrantable, á la abnegación, á la viril pujanza de aquellos que la enseñaron á ser libre; pero oye, como éstos oyeron la voz clamante de las nuevas necesidades que se levantan y ya hablan. No fía en la plegaria sino en la acción. Y se arrodilla ante el altar del héroe, pero se yergue entera ante la vida.

Lo que no admite es héroes por herencia, pergaminos constitucionales, la revedad de vástagos raquíuticos y entecos, el imperio del hongo. La dinastía subsiste y se prolonga; pero subsiste y se prolonga por la virtud del trabajo. Podrá haber malos hijos, hijos soberbios, hijos aturdidos; pero de cierto esos no forman la juventud que reconociendo y venerando á los antepasados, no hace voto de clausura, ni voto de castidad que le vede crear, ni voto de pobreza. A todos los que han luchado por la libertad y la patria les admira; á todos los que quieran ayudarla en sus empresas, les acoge; al que se aísla, al que se entrega á la contemplación, al que se encierra en Yuste, le abandona. La corriente no se interrumpe, ni se corta separándose, ni retrocede acobardada: marcha siempre.







#### EL HOMBRE NUEVO.

Para oponerlo al «hombre necesario» han inventado ciertos escritores esta entidad: «el hombre nuevo.»

El «hombre necesario» es también creación de los mismos articulistas, cuyos procedimientos se parecen tanto á los de malos dramaturgos. Necesitaban un traidor, un embozado, un verdugo, un dux, un consejo de los diez, é inventaron todo eso para poder seguir desempeñando papeles de Massaniello ó de Padilla. El «hombre necesario,» tal como ellos le comprenden, es simplemente una creación dramática. Existe en determinado momento histórico, así como en determinado instante es necesario un hombre para que dé el ser á otro; pero no existe inmóvil, irreducible, monolítico en la sucesión de los tiempos porque, ó muda con ellos, avanzando, y siempre á la cabeza del movimiento progresivo, como hasta hoy ha acaecido con el Sr. General Díaz, ó rezagado, atrás se queda; y entonees otro le reemplaza, deja de ser necesario; y aunque mucho se le deba, el pueblo hace justicia al dejarle desposeído del mandato que le dió, porque obedece á la ley suprema de la vida, superior á toda otra, y consciente ó inconscientemente, salva la suerte suya y la de las generaciones venideras, no sacrificándolas á cultos píos ni á venerandas gratitudes. Le alzarán estatuas, mausoleos, pirámides que conmemoren y simbolicen el minuto de su desarrollo en la historia que requirió el esfuerzo de aquel hombre ó lo aprovechó fortuitamente; pero esos honores póstumos — por más que viva quien los haya me-



recido, — no empecen que el instinto de la propia conservación, indispensable para la más trascendente de la especie, se sobreponga á todo linaje de consideraciones y triunfo y vengza, pareciendo ingrato al pronto: porque la vida no abdica ni hace la voluntad votos perpetuos.

El hombre necesario existe en política como en todo; pero condicionado por el tiempo y por el medio, ó para hablar llanamente, por las circunstancias; y no hay que temerle, porque fatalmente desaparece con la necesidad que lo creó. Es una virtualidad que emana de la masa toda y se condensa en él, como se condensaron en Juárez la resistencia de la nación y la energía del pueblo, cuando extranjeros le impusieron un imperio.

El «hombre nuevo» sí no existe en política. Este ha salido de la redoma de un alquimista, ó fué acaso concebido en el éxtasis de un milenarismo. Este pertenece al orden de los seres místicos: será un Mesías esperado por los judaizantes de la prensa, para que á ellos les redima de esperarle, pero estando fuera de la humanidad, se embebe en lo incognoscible y no podremos nunca definirle. Está bien que San Agustín ponga su «Ciudad Santa» al amparo del *Dios desconocido*; pero las ciudades y los pueblos que de santidad no presumen y á crecer aspiran, imposible es que fien sus destinos y su vida á esa borrosa incógnita de lo incondicionado.

Preparen los esperanzados en promesas mesiánicas, el establo que servirá de albergue á ese niño Dios de la política: la sociedad lucha por la vida y no permanece en estéril oración ante los santones, ni ociosa aguarda á que el cielo la envíe, para su dicha, un sobrenatural recién nacido.

¿Qué se connota con esta frase: «un hombre nuevo»? Pues el hombre nuevo es un niño. Démosle toda la extensión que dan al concepto encerrado en esas tres simbólicas palabras los periodistas aludidos: el hombre nuevo es aquel que no haya ejercido el poder ni esté afiliado á los partidos ó agrupaciones preponderantes. Aun así, resulta niño el hombre nuevo, porque, si no le suponemos investido de poderes extra-humanos, si no es un dios hecho carne, fuerza será convenir en que ese hombre nuevo ignorará del todo las necesidades del país, y habrá de menester padres ó tutores y maestros que guíen sus primeros pasos. El hombre nuevo, en fin de cuentas, será un holgazán, un cobarde, un impotente, una nulidad, un cualquiera, pues de no ser así, habría dejado de ser «nuevo» probando sus

fuerzas en la lucha y dando á conocer las excepcionales facultades de que está dotado.

El pueblo no anda en busca de virginidades para que lo gobiernen; el pueblo sabe, sin necesidad de ser adoctrinado por alguno, que los hombres nuevos son los inexpertos ó los nullos, y que unos y otros están incapacitados para gobernar. Precisamente, y en todas partes del mundo, las glorias conquistadas, los talentos notorios, los antecedentes históricos, la pericia administrativa contraída, los amigos ganados, la experiencia que da el tiempo nada más, son lo que afianza el prestigio y crédito de un gobernante. No será un monago sucesor de León XIII, ni fué un cadete el sucesor de Bismarck.

Acaso los autores del «hombre nuevo» llámanle así por eufemismo: tal vez aluden á los hombres viejos que, por culpa de los años, van volviendo ya á ser niños. Pero entonces, declaren con franqueza que proponen para gobernante un hombre náufrago. El que se ahoga en política, ó es porque se arroja al agua ó porque no sabe nadar: ó suicida, ó inútil. El que se va á la Tebaida, dimite. Ese conoce lealmente que no tiene fuerza propia, ó con falta de patriotismo y de energía, declara que prefiere la holganza á la noble contienda por la patria. Ese no es un hombre nuevo, sino un hombre gastado.

Sobre Juárez, vinieron la reacción, Inglaterra, España, Francia . . . . y Juárez no borró un solo instante su personalidad en nuestra historia, porque era una energía, porque era una fuerza. A estos hombres confían sus destinos las naciones, porque en la lucha política, como en toda expresión de la lucha por la vida, el más apto es el que triunfa, y no al contemplativo, no al débil, no al eremita ó egoísta, no al wamba, que se acoge al retiro monástico, y desde allí exclama, con resignación de musulmán, á semejanza de Boabdil el Chico: ¡Dios lo quiso!

Incesante es la acción que han ejercido en la política española D. Manuel Ruiz Zorrilla, Salmerón y Pi Margall; y no se han opacado por dengues del poder, por esquivaces de la suerte, ni por destierros, ni por encarcelamientos, ni por formidables amenazas: su influencia viva está, y por eso ellos viven. ¿Tenía Gambetta á la suerte de aliada, cuando luchó contra el imperio napoleónico? ¿La tuvo Parnell combatiendo por las libertades de Irlanda? No, seguramente. Pero los grandes caracteres no abdicar: cuando Carlos V se fué á Yuste, ya no era Carlos V.

Consintamos, por un momento, en que llamen hombres nuevos

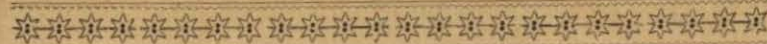


á esos que han envejecido en obstinada juventud de espíritu, á esos que son viejos en la brega y que, siempre animosos, desafiaron ó desafían la suerte adversa, los anatemas y las persecuciones del poder. ¿Cuál de esos *hombres nuevos* puede citársenos ahora como capaz de entrar en lisa? Cuando la influencia del político no se externa, ya él, como político, no existe. O pasó el momento en que fué útil, necesario acaso, ó perdió la virtualidad que le dió vida. Muerto, vaya su momia al hipogeo con toda pompa; vivo, vaya él á Yuste á componer relojes. Pero no puede alzarse la candidatura de una momia ni pretenderse que entre en lid un pobre enfermo.

Por ahí, pues, por los confines del pasado, no hay ningún hombre nuevo. Los veteranos de la libertad, los que no han perdido su desnudo ni su patriotismo, los que no se engríen con el ocio ó, por maltrechos se retiran del combate, están al lado del señor General Díaz, pues, si no lo estuvieran, diríanlo con patriótica energía, so pena de pasar por afeminados ó caducos.

¿Cuál es, en consecuencia, el hombre nuevo? ¿El que nada ha hecho, el desconocido, el Juan Diego ó Juan Lanas, que aguarda alguna sobrenatural revelación? Como ese habrá muchos; pero la Nación no es una prostituta que se va de bracero con el primer desconocido á quien encuentra. Definamos:

El hombre necesario es un hombre á quien necesitan ciertos periodistas para escribir editoriales. El hombre nuevo es un viejo inservible ó un muchacho de escuela.



LA PIEDAD SUPREMA.

Hay un monstruo que devora más víctimas que el fabuloso toro de Creta; un monstruo que, á modo de los vampiros, chupa la sangre de los niños, desgarrá el pecho de los cazadores, como el tigre, y pasea por una alfombra de osamentas humanas, como el rinoceronte que se venera en la isla Java. Este monstruo es la compasión. Como el gato de los egipcios, este monstruo tiene porción de adoradores y fanáticos que peroran esforzadamente en la tribuna, se estremecen de indignación en los corrillos y escriben sueltos en los diarios: cuenta con ejércitos disciplinados y provistos de armas; con grandes máquinas destructoras, arietes, cañones Krupp, torpedos, ametralladoras y hasta editoriales. En nombre de ese dios que se nutre de carne humana y bebe sangre fresca, se perdona á todos los honrados asesinos que por un resultado de su idiosincracia, matan, descuartizan, tasajean, y luego dan cinco centavos al primer limosnero que tiene la buena suerte de encontrarlos. Es ya tiempo de echar abajo ese ídolo empapado en sangre humana y de bailar en torno de su cuerpo muerto, como quería Paul de Cassagnac que se bailase sobre el féretro de Thiers.

Yo jamás negaré que llorar en un drama de Zorrilla, y sentir desfallecimientos de congoja porque el canario amaneció muerto en la jaula, es una prueba de sensibilidad que honra muy mucho á las colegialas y á los comerciantes de abarrotes.

No tengo mayor empeño en que las niñas sensibleras guarden el



caudal rico de sus lágrimas para ocasiones más propicias: en lo que sí tengo serio y decidido empeño es en que esos dolores prematuros y esos llantos copiosos no detengan el brazo de la justicia, como acaece muy á menudo, y nos dejen á merced del primer desalmado, que, gracias á la conmiseración de unas cuantas costureras y otros tantos periodistas, sale de presidio con el honesto fin de hacer tales proezas, que dejen boquiabierta á media humanidad.

Apenas se comete un crimen de cualquier linaje, y pasado el primer instante de terror, luego que el delincuente se halla á buen recaudo, contando las horas que le faltan para pagar en la horca sus desmanes, la compasión determina un movimiento retrógrado, y el culpable ve rodeada su cabeza por la aureola de los mártires. Los que abogan por él ante los jurados, no limitan su defensa á buscar é inquirir las circunstancias que pueden atenuar la gravedad del delito cometido, sino que procurarán á toda costa librarle de toda culpabilidad, y hasta llegan á declarar que es casi un santo. Cuando yo salgo de un jurado, después de oír la vehemente peroración del defensor, siento impulsos de ir á arrojarme á los piés del reo, besar la orilla de sus pantalones, pedirle una reliquia de su traje y permanecer ocho días arrodillado en su presencia, como los peregrinos ante el sepulcro de Mahoma. Decididamente, mientras no robe el reloj de algún amigo; mientras no escale una casa, maniate á los criados y despoje á los dueños de sus muebles; mientras no cometa un simple asesinato, un vergonzante plagio ó un humilde incesto, no podré aspirar á los laureles de la fama, ni seré hombre honrado.

En bien de la sociedad, que no debe enterarse todavía de moral tan pura, quisiera yo que los jurados se verificaran á puerta cerrada. Lo que allí se oye y se dice, debe trastornar los principios morales de esas buenas gentes que saben de memoria el catecismo de Ripalda, y creen con bonachona credulidad que robar, cometer asesinatos y otras lindezas de esta ralea, es infringir la ley de Dios y merecer las penas del infierno. Allí la severa voz de los togados les enseña que nada más los hombres de corazón son criminales, porque si faltaba pan en su casa y fuego en su cocina; si los niños gemían y el hambre encajaba sus agudas uñas en el cuerpo de la esposa, ¿qué mucho que salieran á la calle para matar al primer transeunte, inocente de toda esta miseria, pero culpable al fin, como lo es ante todo desarrapado, el que come, digiere, duerme y no padece frío? Yo, que estoy muy lejos de ser un sabio y tuve la estupidez de no cursar de-

recho, concedo sin dificultad la heroica virtud de todos esos criminales: no quisiera, sin embargo, que mi portero se enterase de estos grandes principios y me diese muerte una noche, al volver yo del teatro. ¡Dios me tenga de su mano!

Y lo grave es que mi portero puede ser jurado. Y hasta puede imaginarse algo peor: que está loco. Y así como antaño á los endemoniados los llamaban locos, ahora á los locos llaman santos. Un demente es el virgen Juan. De modo que, si mi portero me asesina, es probable que mis hijos se vean obligados á venerarlo mientras viva y á pedirle mercedes cuando muera.

Lombroso—circunstancia que no honra á los criminalistas mexicanos, porque Lombroso es el Julio Verne de la teoría que alegan—viene siendo el caballo de batalla, el *comodín* de todas las defensas.

Mucho antes que Lombroso, había dicho el Padre Ripalda:

—¿Qué cosa son pasiones?

—Impetus ó turbaciones interiores que nos ciegan.

De manera, que ciertos criminales para Ripalda son ciegos moralmente y, para Lombroso, locos, lo que equivale á lo mismo. Lo nuevo es que á esos ciegos ó á esos locos se les dé patente de Santidad. Día llegará en que el defensor de un parricida—ó el Ministerio Público—diga al Tribunal:

—Es verdad, fué asesino; pero tened compasión de él; ¡es huérfano!

Si casi todos estamos locos, como aseguran los sabios, es necesario que unos locos nos cuidemos de otros más furiosos, tomando ciertas precauciones. Víctor Hugo, según las doctrinas de Lombroso, era loco también. Pero él hacía versos, no hacía crímenes. Sarah Bernhardt es otra loca, pero que sólo mata, admirablemente, de mentira. De los locos que matan de verdad, es de los que tenemos que cuidarnos.

Y siguiendo como vamos, va á resultar exactísima la frase célebre:

«Un manicomio es una casa en que se encierra á algunos locos, para hacer creer á todos los demás que están cuerdos.»







UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año 1904

TRES CARTAS DE PEDRO RECIO.

PRIMERA CARTA.

Es curioso hacer la lista de los intereses sociales, de los intereses honrados, de las colectividades respetables, de los individuos ilustres, cuya externación política, económica y moral se halla en ciertos periódicos. A todas esas honorables personas que hacen oficios de pregoneros en el gremio; á todos esos grandes publicistas les caracteriza una condición indispensable: la pobreza. Son muy populares; pero nada ganan. Y no son pobres porque hayan hecho voto de castidad económica, jurando no tener en vida ningún contacto con la plata; no son pobres por exceso de hidalguía de pundonor castellano; algunos como Hernani, el del *honor español*, roban cuanto pueden; otros nostálgicos, sienten la «tristeza del bien ajeno,» y en una palabra, todos son pobres por fuerza, como era médico por fuerza el famoso personaje inventado por Molière y traducido á palos por Don Leandro Fernández de Moratín. ¡No! Esa «santa pobreza» celebrada y amada por el mendicante de Asís; esa á la que está ofrecida el reino de los cielos, no es á la de esos caballeros sin caballo y sin caballerosidad que suelen caballear en los *caballitos* de la prensa de á centavo, y hasta entrometerse en los pelotones rurales de algún diario.

Son pobres no recibidos, no profesionales. Todo lo ejercen sin título: fungen de filósofos, sin ser siquiera espiritistas; de políticos, sin conocer de la política más que á las respetables mamás de sus respectivas señoras; de financieros, sin haber logrado, al menos, algún



título en esa Tlaxcala de la Economía política que se llama la *Semana Mercantil*. Pero aquí en donde el bagazo de la *Civiltá Cattolica*, exprimido por el padre Larra todavía moja algunos entusiasmos; aquí en donde es poeta todo aquel que suspira en ocho sílabas; aquí en donde el agua falta á su deber no buscando su nivel en las azoteas de las casas; aquí tales señores, los que buscan el pan y el vino de cada día, pasan por escritores, y algunas veces por ilustres. En ellos sufre la sociedad como sufrió en Jesús la humanidad entera. Al que no paga lo que debe le llama el acreedor: tramposo. A estos cuando deben y les cobran se les llama: mártires. Ya no sólo hay mártires del cristianismo y mártires de la libertad y mártires de Tacubaya: ahora tenemos mártires de la quinta calle del Zacate, vivienda número sesenta y nueve; y mártires de la plazuela de Tepito, accesoria letra H.

Esos representantes de la Sociedad, de las libertades públicas y del género humano, suelen cobrar una peseta diaria por ejercer su ministerio. Pertenecen á la categoría de los apóstoles baratos. Encarnan la verdad casi desnuda y la honradez sin colocación. Y su honradez es una solterona á la que nadie ha dicho nunca: ven conmigo.

Pero como ellos no sólo viven, sino que beben también, y como la peseta ó las pesetas es ó son resíduo de algún peso, hay que indagar quién fué el dueño de esa moneda primitiva, tan injustamente depreciada en Europa. Ese Mecenas suele ser el anunciante: un señor que desea avisar en verso que expende buenas empanadas de vigilia, aconsonantando el anuncio con la familia del poeta. Por ahí se empieza. Mecenas presta un peso ó fía una lata de salmón: Horacio canta.

\*\*\*

Hay otros, súbditos de Su Majestad Católica, que pertenecen á una clase superior. Son puros de vuelta abajo y con anillo. Por la envoltura parecen plateados. Tales nobles arman sus mesnadas para ponerlas al servicio de algún señor feudal que desea congraciarse con su soberano, acudiendo en su auxilio, ó bien intimidarle. La mesnada se forma de gente colecticia; pero el gran capitán, famoso siempre por su manera extraordinaria de hacer cuentas, es un mag-

nate, un prócer, un caudillo . . . ó un obrador de paz en sí, en otros y en cualquiera Paz de no mala figura. Campanone busca á Don Pánfilo, poeta pobre y parecido en aspecto y en aliento á los tubos ventiladores; Don Pánfilo escoge á los comparsas y se representa, con luces de Bengala, el «Sitio de Corinto.»

Si el periódico ataca al Gobierno, hay en esa oposición lo que llamaría Agustín R. González un espíritu bastardo. Se busca una contrata ó algo parecido: se compran artículos baratos para vender zapatos caros al ejército, á la policía, á los huérfanos, á los hospicianos, etc. En el asunto nada tienen que ver la Constitución, ni las leyes de Reforma, ni Juárez, ni Ocampo, ni los muertos ilustres á quienes apelan los *vivos* para hacer sus negocios. Se trata nada más de hacer dinero.

\*\*\*

Otro elemento opositor, aunque bien pobre, se cifra en algunos individuos que se creen necesarios, indispensables, únicos, omniscientes y todopoderosos. Desde que declaró el Gobierno que habían caducado por falta de cumplimiento las concesiones respectivas otorgadas á esos ciudadanos, su malestar es grande. Se maravillan de que el sol siga saliendo por detrás de Palacio, no estando ellos en Palacio y de que no cunda el pánico á manera del tifo. ¿Cómo, Catilina está á las puertas de Roma y aún se delibera? Catilina ó Catarino ó Catarina ó Caritina no están en la puerta de Palacio, sosteniendo el Gobierno; ¿y hay Gobierno todavía? Esos descontentos, esos necesarios, esos indispensables, lo mismo en México que en los Estados, hacen travesuras de refectorio, que ellos creen conspiraciones contra el orden de cosas sancionado por la nación. Por aquí el pellizco; por allá el garnucho. En vano se les dice, y con verdad, como á Don Juan Tenorio; *el capitán te mató á la puerta de tu casa*. Piensan que continúan viviendo y que se sigue usando, en política, la crinolina, el guarda infante y el *frac* de botón dorado.

No sabiendo escribir, buscan al muchacho inexperto que de buena fe y por devoción poética á las ruinas, á las noches de luna y á otras cosas inútiles, les consagre sus cantos. Es ya sabido que los jóvenes se enamoran muy fácilmente de las viejas *duchas*.

En este otro elemento de oposición tampoco hay nada que, socio-



lógicamente hablando, constituya una fuerza. Es la pavesa de las velas apagadas en el «tenebrario político» diluída en tinta. Son los necesarios cesantes, los *quebraditos* de la política, enfullinados contra el hombre que por su energía intrínseca gobierna y por las energías nacionales que en él convergen. Hay, pues, en ese elemento ambición personal é impotencia senil.

A esos núcleos de cesantía van algunos que andan sueltos y sin *destino* en las ciudades: el que se enoja con el ministro porque no lo nombra escribiente; el que, por no conseguir la mano, etc., de su novia, á causa de que no tiene tras de qué caerse casado, llama despota á su gobernador ó al Presidente. Y por desocupados, por biliosos, se dedican á rumiar los *Castigos* de Victor Hugo, en el periodiquito que combate al *cacique* número tantos ó al *tirano supremo*. Es muy lamentable que esas personas no obtengan ningún empleo; pero no es creíble que por esa desgracia el país se insurreccione.

Los fabricantes de candados para el arancel; los politicastros ex-difuntos; la sombra de Nino, el alma de Garibay, los que no han llegado á escribientes de oficina y los que aspiran á ceñirse la corona del mártir, sin pasar por el martirio, no son Aquiles, ni Héctor, ni Sansón, ni Rolando. Son costillas empapeladas, y bastante flacas, de fonda de cuarto orden.

\* \* \*

Hay otra oposición,—para seguir hablando de las malas—que se recluta entre las filas ó hilachas reaccionarias. Esta, en parte, se compone de substancias congéneres de la otra. Es su hermana hipócrita. Saca el libro de misa para disimular que va á una cita con el tendero de la esquina. Algunos católicos candorosos se dejan engañar, y pagan los vestidos de la beata buscona pensando que contribuyen para novenarios. Pero la médula de ese periodismo no es *médula de león*; padece de reblandecimiento. El católico en México está tranquilo en la iglesia; está contento en la tesorería; está orgulloso cuando come con algún ministro. Si es diputado, si es regidor, si es magistrado, dice con satisfacción que este gobierno es bueno porque reconoce el mérito de las gentes decentes; y como nadie le molesta, no es ni puede ser un elemento de rebelión.

Sería inútil buscar en las publicaciones mochas el nombre de al-

gún católico ó reaccionario respetable. Todos son en ella escritores de leva, periodistas de la legua, cómicos en cuaresma. El empresario del periódico suele ser una especie de encomendero. El capellán es un padre español. El patrón acaso un fabricante de papel. Y la única bandera que tremolan es la bandera negra del proteccionismo, virtud que no está entre las teologales ni entre las cardinales y que pugna con la caridad, con el amor al prójimo.

Pónganse en un platillo de la balanza tales elementos opositonistas, y en el otro las fuerzas vivas que sostienen al país. ¿A qué lado se inclinará el fiel?

Ya en otra carta trataremos de si hay y debe haber oposición honrada.

